minotauro

Ruy Feben

vozes

minotauro

Ruy Feben

Publicado por vozed Editorial

§ § §

minotauro

© Ruy Reben

Diseño de la colección

Humberto Bedolla

Diseño de la portada

Lizzeth Bedolla

© vozed Editorial

Edición digital, 2016

ISBN: 978-84-943993-1-2

Colección / Collection: Relato breve, núm. 005

http://vozed.org/vozed-editorial/

Licencia de uso

Este libro no puede ser reproducido ni difundido con fines comerciales por personas u organizaciones ajenas a su producción y distribución sin el consentimiento por escrito del editor. Gracias por su interés y apoyo a este trabajo.

License note

This book cannot be copied nor distributed by any individual or organization with commercial purposes without the written permission of the publisher. Thank you for your interest and support to this work.

§ § §

Ruy Feben (Ciudad de México, 1982) pretende reencarnar en burbupack; en esta vida es un vikingo bonsái. Cursó la licenciatura de Comunicación en la Universidad Iberoamericana de México. Su primer proyecto de microficciones, Cancerbero, fue publicado a través de internet entre de 2009 y 2010. Ha participado como exponente diversos ciclos literarios y colaborado en varios medios y revistas. Vórtices viles, su primer libro, obtuvo el Premio Nacional de Cuento Joven Comala 2012. En promedio tiene 3.5 clones por colonia en el DF.

§ § §

Sumario

prólogo: todo es intencional

el primer verso

duplicados

la tercera piel

el cuarto cerrado

la quinta

666

el departamento siete

ocho aproximaciones al asombro

la revolución de los nonagenarios

diez minutos

las once voces

un dos

trece animales una noche

el último verso

¿y, entonces qué... dónde está el minotauro?

prólogo: todo es intencional

una forma de imaginar la vida, acaso la más común, es dotándola de sentido: creer que las cosas significan algo; que, oculto en el borde de la fugaz figura animal que se hace en el follaje de un árbol por causa de un vendaval irrepetible, hay un mensaje crucial para comprender el origen, el destino, la razón de todo cuanto es y de todo cuanto hay; que los astros, al disponerse de cierta forma, se involucran con nuestro tejido neuronal de una manera específica que determina todo lo demás; que hay códigos o lenguajes o palabras o guiños o sonetos escondidos en el cauce de las aguas, en los surcos faciales de tal anciano insignificante, en las mayúsculas de algunos textos ordenados de manera caprichosa, en la sombra imprevista de cierto día del lustro; que todo cuanto existe es un meticuloso y borgiano mapa de sí mismo, aunque acaso no del todo descifrable, acaso un laberinto de explicaciones, referencias cruzadas, callejones sin salida, vueltas a empezar. eso, imaginar la vida como un artefacto capaz de un significado, es inevitable (incluso los de pensamiento menos metafísico coincidirán en que la vida, cualquier vida, cuando menos sucede; lo que sucede, inevitablemente, significa: es rastro); eso, imaginar la vida como un artefacto que significa, es inevitablemente una persecución. el sentido de todo puede revelarse de pronto, sin aviso; puede aparecer en cualquier rincón; puede ser evidente o estar al acecho; puede no aparecer nunca. si nosotros perseguimos al sentido o si es éste el que nos busca no es importante; no lo es, al menos, si el encuentro sucede. lo cual, hay que ser francos, no ocurre casi nunca, u ocurre casi siempre.

minotauro intenta ser la bitácora, sesgada y arbitraria, de algunas de estas persecuciones. sus relatos, en principio, no están relacionados, a pesar de que todos tienen un aspecto confesional. su publicación original sucedió a lo largo de muchos meses en una revista impresa cuyos lectores ya habrán olvidado estas piezas. «piezas» es una palabra precisa en este caso: aunque no cuentan la misma historia ni se encargan de los mismos personajes, aunque el registro de cada texto es distinto, en cada uno de ellos, pero solamente en todos ellos juntos, se esconde una bestia, que es el sentido y la explicación última de su hechura. tener juntas a estas breves narraciones permite tener, de un vistazo, el corte transversal de muchos meses; en ese corte corre efectivamente la bestia que, a diferencia de las otras bestias de las que está fabricado el significado último de las cosas, se puede capturar. está allí, a la vista del lector dispuesto a cazarla. basta, como en la vida vista con cinismo, seguir

ciertas pistas, sencillas:

1. todo es intencional.
2. la ruta que lleva a la bestia está descrita, sin metáforas, en la estación final.
3. estas líneas son la mitad de las líneas.
4. no soy poeta.
5. los nombres importan.
6. los números importan.
7. esta pista es de relleno para que la pista número 3 se cumpla.

desconozco los auténticos bordes de este laberinto; aunque yo le implanté una bestia cuyo rostro sé de memoria, no sé qué otros peligros esconda. el lector podrá evidenciar la existencia de otras amenazas*, puesto que todo laberinto es un laberinto comunitario. igual que la búsqueda del sentido, cuya mera existencia bien podría ser una alucinación compartida, el implante del escritor que nos escribe, apenas la huella de otro artefacto de cuya existencia nosotros somos el rastro.~

ruy feben,

algún punto del tiempo, algún punto del espacio.

* siéntase libre el lector de escribir al autor (a través de un el formulario del sitio

del libro o al email de la editorial vozed@vozed.org

) una vez que haya encontrado al minotauro. siéntase libre también de escribir a esa misma dirección para sugerir la inclusión de otras bestias: links que refieran a otros textos o videos o audios o lo que sea, piezas que se relacionen con este laberinto y que lo intervengan de manera que lo doten, aún más, de sentido. los vínculos que el autor considere pertinentes se incorporarán a la obra como un pasillo nuevo, un vestíbulo abierto, una nueva persecución.

el primer verso

Somos laberintos, y evidencias hay muchas. Está por ejemplo lo que me pasó con un amigo que ahora es un gordo contador, pero que antes era flaco y melancólico, o sea: poeta. Ganaba a las chicas con poemas simplones que, por esos días, cuando teníamos apenas 14 años, eran para ellas romance tangible. Una cosa les ocultaba: todos sus poemas empezaban con el mismo verso. Rezaba: «seguro de que su alma soterra un laberinto». O algo así. Da igual: la frase quería ser a un tiempo etílica, metafísica, seductora y pedante. Eso, aunque parezca mentira, le funcionaba. Quién iba a decir que con los años mi pobre comparsa se volvería una bestia con el *allure* de un balance contable.

Un día de tragos, hace apenas unos meses, nos dio la nostalgia. El alcohol me hizo recordar los poemas. Sus kilos ganados, le dije, eran menos graves que las letras afortunadamente perdidas. Un desconcierto y tres aceitunas le llenaron la boca; dijo no entender.

—Acuérdate, así las conquistabas…

—¿Las conquistaba? —soltó una carcajada picada de pedacitos verdes.

—¡Más que eso! Acuérdate. Se formaban para ver qué monada escribirías.

—O para burlarse. Todas se reían de mí.

Ese falso recuerdo me insultó. Recorrimos la adolescencia juntos, y mil veces lo vi cazar con éxito, usando siempre aquel mismo anzuelo. Reiteré que siempre las deslumbraba, siempre con poemas que empezaban (patéticamente) igual. Acaso lo buscaban sólo con ánimos platónicos, pero él igual era para ellas un oasis. Un patético espejismo que (¡justicia!) con los años se volvió una arenosa trampa de falsa modestia, así le dije: eres un desierto sin memoria.

—¿No te da pena? Las hiciste leer tantas veces lo mismo: «seguro de que su alma soterra un laberinto»… patético. Aun así siempre caían a tus pies. ¿Borraste todo eso de tu mente o qué? —le pregunté, más enojado que ebrio o viceversa.

—¿Estás bien? —me quiso tocar la frente— Ruy, yo nunca escribí nada; esa frase es tuya…

Insistí mucho; él me recordó que todos los amigos se burlaron de mí mil veces por esa frase pegostiosa, grosera de tan horrible; yo empecé a subir el tono en mi defensa, hasta que él huyó malhumorado de mi casa. Necio, busqué mis viejos cuadernos seguro de que yo no escribía espejismos, de que él estaba inventando todo aquello para escapar de la humillación. Tomé una libreta al azar: encontré muchas veces la frase horrible, anzuelos atados con mi letra. Oscureció de golpe y se me erizó la piel: me quedé ahí sentado hasta la madrugada, buscando escapar del laberinto de mi memoria, como bestia en el centro de un desierto.~

duplicados

Es una maldición: al menos una vez por semana alguien me asegura haberme visto.La cosa es que al que ven en realidad nunca soy yo. Me toca explicar que a esa hora yo estaba dormido o sentado en un sitio lejos de donde creyeron verme. «¿O será que no querías saludarme?», preguntan recelosos. No es difícil confundirme, calvos hay muchos, contesto, pero no funciona. Juran que era yo. Evitan todas mis justificaciones; casi siempre comienzan a odiarme en ese preciso momento.

Insisten tanto en verme en sitios donde no estoy, que he decidido que esto no puede ser azaroso, sino que tales encuentros deben tener un plan, una razón. La más lógica: clones. Un malhechor decidió reproducirme para destruir el mundo y de paso hacerme quedar mal. Me halagaría, claro, pero al menos uno de mis supuestos clones es fotógrafo. Incluso hay un banquero. Nadie clonaría a un escritor si no fuera para aprovechar nuestras dotes paranoides, y ni fotógrafos ni banqueros suelen pensar en lo que viene tras ellos.

Así que debe haber otra causa. Dimensiones cruzadas, por ejemplo. Ociosos paseos de mi yo de otro mundo a través del multiverso, yendo y viniendo por hoyos de gusano. Típico: el universo y sus todavía nebulosas leyes del espacio conspiran para que mis amistades me consideren majadero. Algo similar he pensado sobre el viaje en el tiempo, pero lo descarto. Ni en el presente ni en el futuro he tenido ni paciencia ni buen sentido del humor.

Todas mis hipótesis son igualmente desechables. Exorcismos que hayan puesto a caminar mis fantasmas por la calle (¿serán mis demonios tan duraderos?). Asociaciones de actores ensayando la mimesis (el mundo no necesita otro calvo héroe de acción). Cultos de rituales obscenos (de los cuales tendría que ser yo la deidad; una deidad que no ha recibido todavía sacrificios ni diezmos). Obsesiones provocadas por mi varonil semblante (no culparía a los obsesos, pero tampoco les creo).

Mientras más lo pienso, más me convenzo de que existe sólo una verdad posible. Oculto de mí mismo, cuando duermo o cuando estoy sentado sin pensar en nada, me escabullo por algún callejón aledaño a mí mismo y camino por otros sitios sin darme cuenta; hago cosas, me reflejo en los escaparates para imaginar cómo se me vería ese

sombrero. Tramo algo, acaso algo en mi contra o algo que me ayudará cuando vuelva a entrar en conciencia; pero no sé qué es eso que tramo. Esquivo a la gente que me conoce para que luego vengan a decirme que me han visto. Supongo que así me envío pistas sobre el sentido de las cosas o mi razón en la vida. Es la única explicación viable.

Otra explicación sería la simple coincidencia genética, pero la verdad eso me parece demasiado improbable.~

la tercera piel

Lo que más recuerdo de mi padre, de por sí inolvidable, es que usaba siempre una chamarra de cuero llena de manchas y lamparones imbatibles hechos quién sabe cuándo por quién sabe qué sustancia. Olía a tabaco añejo y grasa rancia, y el tufo casi siempre le servía a mi padre de anuncio de llegada (incluso mucho antes que sus insoportables refunfuños) y de repelente de toda clase de seres vivos. Sin importar el sol o el calor carmín, la usaba: además de aguantarlo a él, había que aguantar su inamovible cubierta.

Muchas veces le sugirieron que dejara de usarla. Una vez incluso casi le prohibieron la entrada al cine; de no haber sido porque iba ebrio como mosca y porque soltó zarpazos verdaderamente peligrosos, los guardias nos hubieran dejado fuera, sin importarles que ya habíamos comprado dulces y refrescos para la función. Rara vez la gente se dirigió a él sin mencionar aquella prenda insoportable. Observaban con asco la solapa de tantos colores, y con una mueca flamígera, le sugerían que la tirara. «Siento no poder hacerlo», les decía, «esta chamarra es como mi segunda piel». Dejaba salir una de esas carcajadas con las que lanzaba multiformes proyectiles de alimentos a medio masticar y se alejaba de la gente. En seguida, siempre, se me acercaba demasiado al oído, como para decirme un secreto demasiado peligroso, crucial, y hacía con su mano un túnel. «La verdad es que no es mi segunda piel: es mi tercera», me soltaba con un susurro que era en realidad la apestosa tolvanera que levantaba la peste de su manga, y luego reía guiñándome un ojo.

Fingí muchas veces comprender lo que me estaba diciendo, muchas más pretendí que no lo había escuchado; en realidad temía lo que su secreto podría significar. ¿Un chiste de beodo? Tristemente, mi padre no era gracioso ni cuando intentaba serlo. ¿Una suerte de confesión? Recuerdo mi niñez como un intento por descifrar lo que mi padre era. O, dicho de otro modo: como la reconstrucción forzada de las razones para conservar tan horrible prenda.

La chamarra era su tercera piel, según él. A lo mejor mi padre no era mi padre, pensaba casi con gusto, sino una suerte de monstruo que desnudaba la piel de sus víctimas para vestirlas luego como animal sanguinario; algún día revelaría bajo su chamarra y luego bajo su piel llena de vellos una pradera de escamas y unas fauces hambrientas. Cada vez que pensaba así a mi padre, por un lado me tranquilizaba: eso justificaría su violencia, su rabia constante, sus

modos horribles. Además, eso querría decir que él no era mi padre… a menos que yo también fuera un reptil disfrazado. Rascaba mis brazos por las noches hasta sangrar, buscando la carne verde que confirmaría mis temores. No dormía: mientras buscaba escamas, me imaginaba de viejo igual que él, usando mi propia chaqueta llena de fluidos secos, mi propia voz impertinente, mis propios tragos excesivos. Entrecerraba los ojos suplicando que mi padre, mi padre y su tercera piel, fueran otra cosa.

Desperté una mañana convencido de haber tenido un sueño real. En él, mi padre usaba su tercera piel porque antes había tenido una segunda y porque después iba a tener una cuarta: mi sueño reveló que en realidad mi padre era un heroico cazador de monstruos. Las pieles no eran más que el trofeo que él portaba con orgullo; la ebriedad y los modos, una rebaba de sus años como justiciero.

Durante un tiempo, sus cosas, sus olores, sus carcajadas y sus golpes fueron la evidencia recia de que mi padre se había vencido a fuerza de hacer lo correcto. Empecé a pensar, incluso, que mi destino sería semejante. Soporté su presencia tratando de aprender de él los trucos para ubicar a las bestias que de grande tendría que capturar, ponderando cómo serían. Todos mis prospectos me parecían demasiado inocentes junto a mi padre, ninguno de piel tan horrible como la de su chamarra; supuse que algo debía estar haciendo mal, si los malos me parecían menos malos que el bueno. Impaciente, una noche busqué a mi padre en su cuarto; quería decirle de frente que yo había descubierto quién era él en verdad, que no tenía que sentir vergüenza ni miedo, que quería aprender de él. No alcancé a cruzar la puerta: desde el umbral alcancé a verlo frente al espejo, terminándose de cerrar la máscara humana sobre el ojo amarillo de alargada pupila, sobre el hocico verdoso. Oculto en una esquina, buscándome entre los dedos una grieta que me permitiera ver debajo de la carne el destino que tanto me temía, alcancé a escucharlo reptando las paredes hasta salir de la casa para siempre.~

el cuarto cerrado

Pegado al patio de mi infancia había un cuarto al que no podía entrar. «Ruy —ordenaban mis padres—, ahí no: adentro hay cosas peligrosas». Obviamente, yo siempre quería abrir esa puerta. Pensaba que hallaría armas o al tío Oronsio, que tanto miedo daba cuando se ponía rojo en las fiestas. Sin embargo nunca pude abrir la puerta prohibida, y me conformé con sentarme frente a ella casi diario. Imaginaba los horrores tras esa frontera (¿armas, muertos, bichos grotescos, muestras de sangre, asesinos seriales?), los enumeraba en voz alta. Tarareaba himnos a ese infierno velado, balbuceaba sus propósitos como para vislumbrarlos, para estar preparado por si algún día me volvía lo suficientemente mayor como para verlos de frente. Oyeron tanto mis padres cómo le hablaba a ese país prohibido que habitaba tras la puerta, que un día me preguntaron si conversaba con mi amigo imaginario.

Debía ser eso, claro. En el cuarto vivía mi amigo imaginario. Lo cual era extraño, porque yo no me conocía ninguno; sin embargo, algo debía tener para que mis padres me quisieran lejos de él.

Me dispuse a ver cómo era mi desconocido secuaz. Una cosa sabía: no habíamos alcanzado a hacernos amigos, pero nuestra amistad representaba una amenaza auténtica para mis padres. Ninguna travesura que yo pudiera urdir me parecía tan amenazadora, para ser honesto. De menos no lo que podía hacer solo, ni lo que hasta entonces hubiese hecho con algún amigo tangible. Octavio, el más gañán de mis compadres de carne y hueso, no podía ni patear un balón.

Hincado, pregunté quién estaba allí dentro y por qué lo habían encerrado, pero nadie contestó. Así que con una linterna iluminé bajo la puerta. Lo único que vi fue polvo. Limaduras negras. Arañas muertas. Resolví que aquello podía ser peor de lo que pensaba. El cadáver pulverizado de mi amigo estaba invadido de insectos. Seguro por eso no contestaba; seguro no me dajaban verlo porque estaba muerto. Salvo que la razón fuera que mi camarada *estaba hecho* de polvo y arañas, y no fuera mi amigo, sino algo haciéndose pasar por mi potencial amigo con la intención de darme caza. ¡Un monstruo! Despavorido, corrí a esconderme bajo mis cobijas.

Esa cosa seguramente era horrible, pero era mucho peor que mis padres la mantuvieran tan cerca de mí, con apenas una puerta para

protegerme. Supuse que lo mejor sería liberarla y esconderme muy bien, hasta que corriera bien lejos. Empeñé mis esfuerzos de una tarde como nunca, hasta que encontré la llave; la satisfacción que pude haber sentido sucumbió a la temblorina con la que abrí el cuarto cerrado: cubiertos de polvo y arañas muertas, pesadas torres de documentos y facturas por pagar, enciclopedias viejas y fotos amarillas del rojo tío y sus igualmente rojos compadres me vieron inermes, si es que me vieron del todo. Obtuve alguna paz al ver que esos amigos imaginarios, que en realidad eran de mis padres, todavía estaban demasiado adultos para mí.~

la quinta

Cientos de veces se han visto distopías, pero nunca como la del edificio donde vive mi abuelo; Orwell mismo escondería su granja. Nada más ver la amabilidad intensa con que los inquilinos se saludan, uno nota que aquello es un infierno lleno de vecinos sonrientes. Oscilan entre invitarse a todas las fiestas y llevarse tamales en Candelaria. En el patio monstruoso, al que le dicen «la quinta», los niños juegan, los adultos conversan, pasean en las tardes con suéter o pantalones cortos. Todos se llaman por su nombre. Es, dicen, un paraíso para las familias de bien.

Ahí el engaño, necesario para que se sustente cualquier clase de infierno.

Tienen un modelo que es su condena. Intercalan cargos: cada año, cada vecino hará durante un mes alguna labor comunitaria; serán todos el que cobra el gas y luego el que saca la basura y luego el que organiza el futbol con los niños.

Mi abuelo dice que juntos son una suerte de Intendente Sistemáticamente Manoseado. O sea: todos son la misma persona pero por turnos; el vacuo ánimo es sentirse iguales.

Su mecanismo provoca una afinidad forzada. Evitan deberle al que luego le cobrarán, barren para no caminar nunca sobre hojas secas. Reprimen incluso más allá de lo oficioso, en lo emocional. En el patio diluyen el rostro para no ver caras largas nunca; en las escaleras oscuras cuchichean hoyos negros justo antes de declarar que afuera los astros iluminan como nunca. Paciano, por ejemplo, desprecia en secreto a Indalecio. «Tiene razón, es un pusilánime», murmura mi abuelo siempre antes de jugar ajedrez con Indalecio en las mesitas de la quinta. Oscurece cuando ambos se dejan ganar risueños.

En el patio todos ven el mismo saludo rebotando en espejos acaso benévolos, pero sobre todo mentirosos. Niegan ante sí mismos que, además de las cosas que semejan un paraíso, ven lo que anida en el fondo: que Torcuato es agresivo, que Rolanda es eternamente triste, que Epifanio bebe de más. Algunos intuyen que lo que odian de otros es también algo horrible dentro de sí mismos; ésos se van siempre. Y se quedan los que no: los que niegan a las llamas del averno que los consume. Únicamente perviven los que siempre sonríen en la quinta perfecta, pensando que nadie es tan perfecto como uno. Nada más los que no han leído a Orwell. Sólo quienes, al ver su auténtico rostro,

ignoran que ese vacío es idéntico en cada puerta cerrada más allá de la quinta.~

666

Tuve a los seis años la certeza de que el número 6 me haría ganar siempre en cualquier juego. Resolví eso tras oír, no sé en qué programa de concursos, que el número de la bestia es el 666. Acaso supuse que a la gente con mínimo decoro le daría pavor aliarse con Satanás, y por ventajoso default adopté al Diablo por amuleto.

En juegos de mesa elegía la sexta ficha. Volley, fut, básquet: pedía en todos los deportes de la escuela el 6 en mi playera. O el sexto turno cuando tocaba jugar al avioncito. Recibía puro seis de calificación, pero nunca reprobaba, y eso llegó a volverse una virtud a ojos de mis padres. A los 12 años (seis dos veces) ya era famoso gracias a mi suerte inaudita. Renuncié a los juegos de niños; confiaba en que mi amuleto daba para más que seis goles en un partido, así que empecé a obtener en apuestas ropa, bicicletas, videojuegos. Durante mi adolescencia me arriesgué más. En vez de perseguir a la primera chica que se me cruzaba, le hablaba a la sexta. Si quería una cerveza ilegal, compraba un six en la tienda y mi aplomo servía de suficiente certeza para los tímidos despachadores. Así hice de todo, y me volví adulto incluso antes de serlo. Burlé las penas del mundo; no sospeché nada sino hasta la noche que cumplí los 16.

Insomne, ebrio de alcohol ilegal, presentí algo diabólico. Obviamente, Satanás me estaba dando todo para quitármelo luego, muy probablemente el día que cumpliera 18, que es el seis tres veces. Qué imbécil me sentí. Ungido de adulto pánico bíblico, abandoné mi relación con el número. Empecé a confiar en otras cosas. El trabajo arduo. Nunca llevar los zapatos sucios. Usar buenos modales. No despilfarrar. Observar las reglas. Emprendí un maduro camino de certezas más allá de la superstición.

Luego de estudiar por la buena, me dediqué a la escritura. Trabajé sin mucho éxito, en un periódico y luego en otro; mi vida se hizo más bien un fracaso hasta que, mucho después de mi divorcio, investigando un reportaje en Omaha, una noche de aburrido insomnio me llevó a un casino; quizá el Diablo me hizo recordar que los números de la ruleta suman 666 y vi en ello una señal para redimirme. Oscurecido de alcohol legal, pensé apostarle al seis y hacerme rico: concluí que quizá lo único diabólico en toda mi vida había sido confiar en que la naturaleza humana es capaz de lograr

cosas sin empujones. Y eso terminó de darme fuerza: azoté el casco de cerveza vacío contra la barra, me sequé la boca con el dorso de la boca, y la abrí para gritar ¡seis!, el seis más devoto de mi vida; pero una voz extranjera se me adelantó. Aún sin creer lo que estaba pasando, clavé la mirada muda en aquel hombre confiado, su playera con el 6 en la espalda, haciéndose millonario de golpe. Creo que algo diabólico tuve esa noche: envidia, culpa, algún decoro. En realidad no sé qué haya sido.~

el departamento siete

Empezó el primer domingo que estuve en este departamento: los golpes en el techo me despertaron a las seis de la mañana. Molestísimo, subí a increpar al vecino, que me abrió la puerta con mirada espiral. «¡Aplaque el ruido!», exigí, y volví a lo mío sin esperar respuesta. No se necesitaron ni dos días para que los golpes volvieran con enjundia, casi siempre apenas me metía por la noche a la cama. Con ellos venía un cacofónico concierto de aullidos. «¡Inconsciente! ¡Parece usted un animal!», grité por la ventana. A mi ira le siguió una larga noche de corretizas y ladridos a todo volumen.

Semanas de ruido alucinante vinieron. Un escándalo atinado, que siempre empezaba justo cuando me disponía a descansar. Madera rugiendo. Escobas rascando. Nefastas patas de un perro apurado. Techos con goteras. El vecino siempre respondió a mi enojo con cara de no entender.

Por fin, ojeroso y furibundo, fui un día con el administrador del edificio. Ataqué con una letanía sobre la conciencia cívica, que hacía toda la falta del mundo. Rabié hasta amenazar con irme del edificio: «¡A mí no me va vivir con bestias!», le aseguré encendido.

Calmado, revisó una lista. «¿Al departamento siete, me dice que se mudó?» Zarandeó sus hojas y al ver no sé qué, bufó. Abrió un cajón y sacó una correa. Rumió algún disgusto domado y me hizo seguirlo a la escalera.

Asustado, creí que golpearía al vecino con el cinto. «Usted no va a hacer lo que creo, ¿verdad?», le pregunté, arrepentido de haberme quejado, pero siguió sin decir nada hasta llegar a mi puerta. Giró la chapa y entramos. Una cadena sonaba en el techo como la cola excitada de un perro mecánico. Revisó el piso, el techo; acarició una pared y el ruido cesó. Impávido, me dio la correa. «Orinará con desorden por unas semanas, pero es un buen departamento; necesita atenciones porque está recién remodelado, pero si lo educa y lo pasea por las tardes, aprenderá rápido y pronto será un departamento faldero, ya verá». Salió mirándome como si fuera yo un inconsciente, mientras los muros empezaban a tronar como exigiéndome que fuera por una pelota para jugar, por un hueso, por una espiral de caucho para mascar.~

ocho aproximaciones al asombro

1. El pasatiempo favorito de este hombre es asombrarse. No existe siquiera un bicho que no lo emocione hasta el éxtasis, y nada le divierte tanto como esos brincos de panza que dan las sorpresas. Tanto le gustan, que un día decide ponerse a buscar el asombro más grande del mundo. Resuelve que tal será su misión en la vida. «¡Esto será asombroso!», piensa, con demasiado júbilo, que por otra parte es el júbilo de siempre.

2. Decide buscar algo que de verdad lo haga perder el piso. ¡Un fantasma, claro! En este mundo debe haber tantos. Renta la casa más embrujada que encuentra en el periódico. Meses después se acostumbra a las apariciones pavorosas, y los horribles gritos nocturnos ya no le parecen más divertidos que una tubería ruidosa.

3. Elige otra forma de asombrarse: viajar. Los medios convencionales le parecen triviales, sin embargo. Opta mejor por teletransportarse. Sus destinos, previsiblemente, se agotan pronto. Otra vez se harta cuando, por un error de medición, uno de sus brazos termina en Jordania y no en Odessa con el resto de su cuerpo.

4. Se inscribe a un curso de magia negra. Y pronto es capaz de convertir a cualquiera que lo moleste en bicho o en fantasma; se divierte cantidad, así que pronto encuentra pretextos cada vez más irrisorios para transformar una y otra vez a sus cercanos. En pocas semanas, ya ninguno de sus amigos se atreve siquiera a estornudar frente a él: nadie quiere terminar convertido en perro, casa o ruleta.

5. Letrado en artes ocultas, se fabrica un compañero. Uno monstruoso, con carne humana y partes robóticas, de vida idiota pero sumisa. Nada más terminarlo, se aburre, pero sobre todo se percata de que fue un capricho inútil. Indiferente, le deja la puerta del taller abierta, para que se pueda ir a hacer lo que quiera. Ver en las noticias los crímenes de su monstruo no logra sobresaltarlo: cada vez se sorprende menos y menos.

6. Espera por las noches la llegada de naves extraterrestres. Repasa emocionado lo que podrá compartir con los alienígenas, que seguro serán tan fácilmente asombrables como él. Sobra decir que la nave nunca llega. «O no hay vida fuera, o a esa vida le intereso tan poco como a mí lo que pasa en este planeta», se dice. Es la última vez que mira el cielo.

7. Nada ha tenido éxito. Tiene una última opción: volver a lo simple, a los temblores humildes pero sinceros. Risas de niños, vuelos de aves, atardeceres. Es vano: ha perdido su asombro original. Así envejece, aburrido, plano.

8. «Bastará con morir», piensa, arrugado, «algo inimaginable, absolutamente excitante debe pasar después». Reflexiona eso por años, pero sigue viviendo, viviendo, viviendo. El asombro final nunca le llega o le pasa de largo; nunca llega a percibir un éxtasis que le anuncie que ha muerto, que es hora de afrontar los sobresaltos y las maravillas que ocurren pocas veces del otro lado.~

la revolución de los nonagenarios

Revoluciones hay muchas, todas lideradas por una juventud desbocada. Espíritu que, por cierto, a veces anida en cuerpos arrugados. Como ejemplo está el asilo de mi abuela. Ondeando una bandera rojinegra, aparecieron un día marchando algunos de los más ancianos. «¡Reclamamos independencia!», susurraban queriendo gritar. «¡Rebélense, nonagenarios!», refunfuñaban quitándose el respirador de la boca. El pasillo fue obstruido por incontables sillas de ruedas, y así empezó la revuelta más escandalosa que el asilo Mariano Escobedo pueda recordar.

Dirigiendo la insurgencia estaba una señora casi calva llamada Irene. Tapaba la puerta principal el día que fui por mi abuela para llevarla a pasear, sin saber que para ello tendría que negociar a un rehén. Antes de darme paso, la lideresa me explicó el motivo de su revuelta. «Nada más llegar aquí, a uno lo tratan viejo», aseguraba. De modo que los que ya rozaban la centuria resolvieron protestar hasta que les permitieran conservar los privilegios de la juventud. O sea: beber un tequila por la tarde y jugar canasta antes de cenar.

Lo malo es que el asilo es de asistencia pública. Aunque los nonagenarios protestaron, la burocracia impidió un cambio inmediato y efectivo. Irene no tardó en montar cólera. No sólo instigó a sus compañeros a acampar en los pasillos, sino que se pusieron en huelga de edad. Dicho de otro modo: los viejitos resolvieron dejar de envejecer hasta ver sus exigencias cumplidas. Oneroso método, que además se demostró riesgoso de inmediato. Mi abuela, que siempre ha tenido alma de guerrillera, se fue del lado de los que buscaban los derechos de la juventud, independizarse del tiempo. Increíblemente, en su primer chequeo tras el inicio de huelga, resultó dos años más joven que en su revisión anterior. Todos los insurgentes, al igual que ella, fueron alisándose. A un mes de protesta, había en el asilo botellas de whisky caro, relojes finos, grupos de mujeres cuchicheando con el pelo alaciado y rubio: aquello parecía club de crisis de la mediana edad.

Hoy la situación es muy grave. Entre los rebeldes la mayoría ya es adolescente. Cuando la dirigente (cuyo nombre es ahora más juvenil: Akemi) llama a mítin, ondeando su mata, casi nadie le hace caso. Todos, entre los decibeles de punk preadolescente o las

caricaturas infantiles, desbocadamente jóvenes, olvidaron el motivo de la revuelta. Omitiendo a la burocracia, que adecuó al asilo, cuyo nombre ahora es: «Mariano Babysitter Escobedo».~

diez minutos

«Instituto Nacional de la Satisfacción»: el letrero de la puerta lo recibe junto a un logotipo que semeja una sonrisa. Oprime el botón del elevador, curioso: aún no puede creer que el gobierno haya dispuesto tanto dinero para un organismo nuevo destinado llanamente a darle placer, cualquier placer, a la población general. Más tarda en llegar al consultorio que en ser atendido: una funcionaria de alto nivel le dará diez minutos, en los que puede pedir lo que sea. Nada está prohibido (como sin duda lo habrán demostrado sus compatriotas en esas dos primeras, obscenas semanas), pero él tiene un anhelo cuya única grosería es ser cursi: quiere volar.

—¿Ir por ahí flotando, sin rumbo? ¿O para algo en específico?— le pregunta la funcionaria, una doctora decrépita, marchita.

—Supongo que iría a ciertos lugares; a ciudades imposibles, a bosques interminables, a ruinas perdidas. Dormiría en la cima más alta tras presenciar el mundo entero.

—El mundo termina en algún sitio. Únicamente hasta allí todo será interesante; después finaliza el placer.

—No. Acabando el mundo visible hay otras cosas. Nuevas caras tras las ventanas, grietas por las cuales escuchar. Oscuridades donde pasan cosas…

—Cosas sin duda horribles. ¿Ha escuchado usted rumores sobre lo que otros piden en esta misma oficina?

—¡Espiarlos me permitiría hacerlos pagar sus inmoralidades, hacer justicia!

—¡Qué va!

—Una justicia, además, inmediata. El político que goza con aprovecharse del poder, recibirá apenas con la intención del primer golpe al pueblo una patada inadvertida. Al voyeur lo mirarán todos cuando le abra yo la inadvertida cortina.

—Si usted cree que eso es lo peor que han pedido, prepárese para ser mucho más duro. O desista: llegará un anhelo ajeno tan

infame que usted no podrá contrarrestarlo.

—Lo dudo. Atizaré castigos cada vez más fuertes. Nadie se atreverá siquiera a desear; me tendrán miedo.

—¿Miedo? ¿Intenta usted obtener placer de la crueldad? La finalidad de esto sería… ¿cuál?

—Paz. La tranquilidad de un mundo sin perversiones, al menos sin perversiones visibles. Acaso un gobierno más preocupado por el placer que por el poder…

—¿No le parece que ese deseo suyo, su deseo final por así decirlo, se consuma efectivamente en la mera existencia de esta misma oficina?

En ese momento acaban sus diez minutos. Todavía siente el deseo inútil de volar, pero prefiere no hacerle caso al impulso. Apura el paso a la calle, quiere caminar buen rato. Sin rumbo.~

las once voces

Se tapó los ojos para oír mejor. A oscuras, así como estaba su cuarto, no hacía falta; pero así el miedo disminuía y podía concentrarse en lo que las voces le decían. «¡No te salvarás!», le susurraba recia la primera voz. «¡Grita y corre, eres hombre muerto!», aseguraba oscura la segunda de ellas. Recolectó así, contando amenazas, timbres, tonos, once voces; ya once. Entreabrió los ojos, tragó saliva y se obligó a hacer lo que llevaba días planeando: ya no podía soportar aquella situación.

¿Qué habían sido, dos semanas, tres? Una a una, las voces fueron instalándose hasta volverse un insoportable coro de quejidos, gritos y gemidos. En un principio creyó, por el tono de las sentencias, por su tirria, que las voces provenían de su propia cabeza. «¡Incinérate ahora! ¡Nada eres!», le ordenaban, desesperadas, como suele hacerlo la culpa o el trauma (cosas que, por otra parte, suelen emerger en situaciones como la de él). Un día, con la mano temblorosa, se golpeó la testa hasta el desmayo, para callar a las insoportables intrusas. Nada pasó. Demoníacas, las voces seguían allí cuando despertó, bramando con mayor enjundia. Acabó por entender que se trataba de otra cosa: las voces estaban en algún lugar de la casa. Cederles el espacio estaba, sin embargo, fuera de la discusión. Así que se envalentonó esa noche para hallar lo que hubiese detrás de los sustos y los reclamos. Monstruos. Presencias fantasmales. Obreros de Satán. Tal vez incluso sería algo que pudiera sacar a patadas de su casa; eso: su casa.

Anduvo a tientas por el mínimo pasillo, siguiendo a la peor voz de todas, que sonaba como miles de dientes mordiendo madera. Nacía en la pared de la cocina, detrás de la estufa. «¡Vas a morir!», le gritaba desde allí insistente; y quizá esta le molestaba más que otras porque decía obviedades. Auscultó el muro, que retumbaba con cada grito. Susurró como tratando de calmarla: «¿Tienes algo realmente importante que decirme?», le preguntó, salomónico. Obstinada, la voz siguió su cantaleta de amenazas: «¡Sigues tú! ¡Caerás tú también!», decía terca.

Observando que sería imposible hacer las cosas como almas civilizadas, se alejó de la pared rumbo a la caja de herramientas. Martilló primero con cautela en el sitio mismo de donde manaba la voz; luego con ira. Oculto en el boquete que finalmente hizo en la pared, la linterna le reveló a un hombre devolviéndole absorto la

mirada, hecho nudo en aquel mínimo espacio.

«¿Usted y cuántos más van a venir a molestarme, señor?», preguntó al intruso. No esperó la respuesta que ya conocía. Hincado todavía en el agujero lo cogió del cuello; lo arrastró a la puerta, hasta la calle. «¡Oiga! ¿Me permite?», dijo el intruso suavizando la voz: «¡Buenamente hemos tratado de advertirle y así nos trata!», increpó con la voz a cuestas. Rumiando, él contestó que ellos nada le habían anunciado; que él conocía lo que afuera llevaba semanas hirviendo, que él sabía que aquello terminaría pronto con todos, que le tenía sin cuidado. «Este escondite es mío», le dijo clavándole los ojos, antes de azotar la puerta para seguir martillando paredes; cederlo sería imposible.~

un dos

«Estoy seguro —observó su vaso vacío como si mirara un abismo— de que todo sería mejor si yo hubiera nacido en otro lugar. Lejos, ¿sabes?»

Me lo dijo tras dos horas de lloriqueos insoportables. Ofuscado, bebí de un trago mi tequila. «No puedo más», pensé, acomodándome la texana. Junto a mí, él seguía quejándose, como para obligarme a irme por la paz. El lunar con forma de 2 en su cuello me convenció de quedarme.

Aparté su vaso vacío, pedí otra ronda y me senté junto a él con una última amenaza. «Bebe —le dije—. ¿Realmente crees que estarías mejor en otra parte? ¿En qué cambiaría todo?»

Limpió su boca ebria. «¡Otra cosa sería, por completo!», arrastró. «¿Sí? Ora pues, cuéntame —me colgué de mi hebilla interminable—. Juguemos a ver tu otra vida». Oculté todo, pero por poco me confieso. Sentado contra la barra, bebí más, me revisé la chistera, le clavé los ojos: lo escuché con atención infinita.

«Cuando niño ya sentía que en esta ciudad me hundía. Oprimía mi pecho tanto edificio monstruoso, tanto coche voraz; tanto rostro me hizo encerrarme en el mío. Nacería, si pudiera elegir, en un lugar más salvaje, más abierto, con viento. Digamos que en el desierto, al norte: entre matorrales dispersos. Obligado a sobrevivir sin supermercados ni aceras, me volvería menos tímido. Sinvergüenza, incluso: cazador de serpientes, vaquero indomable, cuatrero», gritó en éxtasis; casi me emocionó.

«¿No anhelarías, si así fuera, nacer en otro lado que no fuera ese?», interrumpí, rechinando dientes. Ufano, lanzó un manotazo al aire. «¡Eso nunca! —giró en caída libre sobre su taburete— Viviría haciendo mío el mundo. Acaso, si se me metiera la idea, lo haría a mi modo. Saldría a buscarme ese otro lugar para nacer», dijo con el rostro escurriendo una sombra.

«¿Cómo así?», pregunté con la mano en el cinto. «Encontraría a ese cabrón que está viviendo mi otra vida —la cara se le iluminó, roja de alcohol—, la vida que quiero, y tomaría lo que es mío». Respingué antes de sacar el arma, pero todo fue rápido. Todavía su mano trataba de asir algo cuando le quité el saco. El pantalón, la camisa, todo me quedó pintado. «Zángano de mierda. Ahora me toca a mí,

malagradecido», bufé, todavía sonando norteño; me miré en el espejo que, desde otro espejo detrás de mí, cosechaba un infinito. Sobé mi 2 en el cuello tras beberme su whisky, antes de anudar la corbata.~

trece animales una noche

Todos conocemos mitos que ponen a los animales como remedos incompletos de lo humano. Está el bíblico lugar común de la serpiente. Repasando otras mitologías, veremos que también son zoológicos de quimeras. Ranas y conejos en la luna. Osos que son antepasados finlandeses. Ruiseñores que son princesas atenienses.

Sin embargo, existe un mito acuñado por los indios la extinta tribu Ijamadí, que habitó en tiempos más serenos la selva del Ecuador, quizá más valioso para nuestra visión de lo humano:

«Sucedió que una noche, cuando ni los montes ni los astros eran tan lejanos, hubo un alboroto terrible en los matorrales. Oráculos en forma de ceiba y brujas con frondosas faldas escucharon uno a uno a los trece animales que, alarmados, querían contar lo que acababan de ver entre las hojas. Sacudida de terror, comenzó la serpiente:

—¡Pobre criatura! Reptaba en dos patas, con las otras dos al aire.

—Eran antenas —replicó la hormiga—. Se sacudían como las de un insecto alarmado.

—¡Ay y esos bramidos! —chilló el loro—. ¡Gemía como si quisiera decir algo!

—Idiotas: esa cosa era un señuelo —aseguró en su rama el jaguar—. Ocultaba detrás de sí una bestia horrible. Seguramente nos espía ahora mismo.

—¿Será que era en realidad una jauría revuelta? —se preguntó la cucaracha.

—O una alucinación. No era real eso que vimos, no era nada — el tunche susurró antes de volar.

—¡Parecía un río desbocado! —replicó el cardumen de pirañas.

—¡O una liana perdida! —la libélula batió—. ¡Rumiaba como si estuviera colgado de su propio cuello!

—Vamos: era sólo una enorme bola de tierra rodando —aseveró

el escarabajo —. En verdad no era nada extraordinario.

—¿No lo viste encender un sol sólo soplándole a dos palos? —se tapó los ojos el capibara.

—¡Incendio! ¡Realmente el animal era un incendio! —lloró una luciérnaga.

—Dudo que estuviera del todo cuerdo —reflexionó el mono.

—Es nuestro deber ayudarlo —finalizó la araña—. La selva es peligrosa y él se veía frágil.

Oráculos y brujas deliberaron. Resolvieron crear una bestia espontánea, lo más parecida a las atrocidades narradas por los trece animales, para hallar al animal extraño. «¡Búscalo!», le ordenaron a la criatura artificial, a la que llamaron «hombre». Esa pobre criatura vaga todavía buscando a otra quimera, a aquel remedo incompleto de lo que vieron trece animales una noche».~

el último verso

Peor que ser padre soltero es ser padre solo. El primero implica una contraparte lejana, pero existente. Ocultar tres letras, sin embargo, abre un desierto: no se es *sin pareja*, se es *sin nadie*. Realmente esta paternidad es imposible en nuestra especie, tan sexuada, a menos que el retoño no sea de carne. Sé esto porque, aunque no tengo hijos, soy escritor. Imaginar a mis vástagos, así nomás, sin necesidad de cargas genéticas, basta para echarlos al mundo y, de algún modo, a su suerte.

Es una tarea horrible. Sufren ellos y sufre uno: a ese muchacho inteligente y taciturno lo vas a matar en dos capítulos, y él no lo sabe, pero tampoco hay nada que puedas hacer para salvarlo; a esa chica que es toda ilusión la harás envejecer con un hombre terrible y no puedes susurrarle en sueños que ese destino está fijo como la memoria. Ocurren toda clase de torturas, como comprobé con mi último querubín. Seguro para él fue incluso peor venir escrito a este mundo, y además inventado con tan malos rasgos. Hombre. Ojos laxos tras las gafas. Rozaba ya al nacer la cuarentena. Reticente ante la vida. Obstáculo constante de sí mismo. Rencoroso, furibundo. Era escritor, y sólo en eso se parecía a mí, su padre. Supongo que por eso nos odiaremos para siempre.

Su historia iba así: escribía para revistas, y por ello estaba aburrido. Oculto bajo reseñas de autos y moda dejaba siempre su auténtico deseo; ante la urgencia eterna de sus encargos laborales, lo que añoraba era hacer libros como La Odisea. Anhelaba distenderse en una obra, sin freno. «¡Sigue soñando!», le decía un oficinista antagónico, «Un libro así no se vendería», reprochaba otro, adecuado a ese mundo que les tocó (que les impuse). «A nadie interesará». «Locura, es una locura». «Mejor sigue trabajando». «Algunos han hecho literatura de verdad en revistas como éstas, ¿sabes?»; voces como esas fueron todo el mundo que conoció mi pobre personaje.

Aun así quiso intentarlo. Trabajó durante muchas tardes. Obstaculizó su escritura la cantidad de artículos y entrevistas, siempre urgentes, y jamás pudo escribir una palabra de verdad útil. Resignado, más triste que antes, abandonó su empresa monumental; alcanzó apenas a delinear un personaje. Musitó a un escritor como él. Evitó darle otro rasgo que no fuera la terquedad para escribir la obra que él no podía y dejarlo solo todo el tiempo, para mejor concentración. Ni

yo ni ninguno de ellos dos hemos escrito poesía jamás; sin embargo mi personaje decidió que su personaje utilizará esa vía para decir lo que ninguno de los tres puede. **Trabajará un poema de catorce versos; el poema no está escrito de corrido, sino que cada verso se forma con las letras mayúsculas de cada uno de los catorce cuentos cortos que componen su obra aparente, que tarda meses en escribir, que publica con parsimonia en una revista local donde nadie espera encontrar escondido un poema novato.** «Aquello será un laberinto solitario; será para él un desierto; mi personaje será un minotauro, acechando a un lector desprevenido», razonó mi personaje, y prefirió abandonar a su personaje antes que verlo sufrir; prefirió, pues, sufrir solo. No vio cómo meses después, tras escribir y esconder cada verso, su personaje puso el punto final en el texto catorce, cuyas mayúsculas deletrean el último verso, que dice: «peor si esos horrores sólo a su alma atormentan».~

¿y, entonces qué… dónde está el minotauro?

Si lo has encontrado y quieres validarlo, o no lo has encontrado y necesitas un poco de ayuda, busca al minotauro en vozed.org. Regístrate (gratis) y busca en contenidos para los socios.

prólogo: todo es intencional

el primer verso

duplicados

la tercera piel

el cuarto cerrado

la quinta

666

el departamento siete

ocho aproximaciones al asombro

la revolución de los nonagenarios

diez minutos

las once voces

un dos

trece animales una noche

el último verso

¿y, entonces qué... dónde está el minotauro?

COLECCIÓN RELATO BREVE

Para conocer otros títulos de la colección visita la página web: http://vozed.org/vozed-editorial/

Recuerda: si te gustó el libro, recomiéndalo y paga por éste. Su precio es nada (un par de cervezas) comparado con lo que te dio.